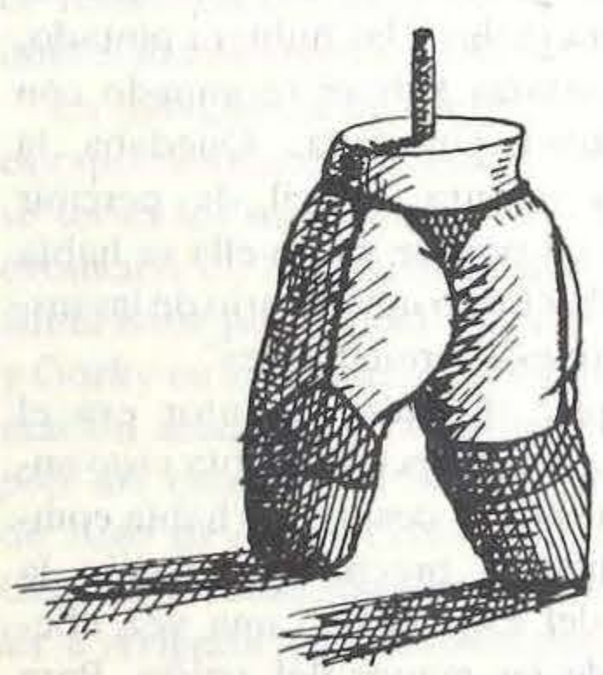
García Márquez, el mito del eterno retorno

Gabriel García Márquez
Michael Palencia Roth
Biblioteca Románica Hispánica,
Editorial Gredos, Madrid, 1984

Lo habitual es que los nuevos nombres de una literatura se vayan añadiendo de la inmensa lista de escritores jóvenes que van ganando concursos, que obtienen el beneplácito de la crítica –o sus sucedáneos modernos, como salir en la televisión, hacer escandalitos o tener buena prensa– o el éxito en ventas. No es fácil que de pronto surja un nombre nuevo con una obra ya madura, como el regalo de un tesoro completamente legítimo y valioso sin objeciones.

Por lo anterior, la literatura colombiana ha contado con la inesperada y doble fortuna de agregar últimamente dos escritores que han aportado magníficos libros a la bibliografía nacional. En 1984 fue Fernando Vallejo, autor de la mejor biografía que se ha escrito en Colombia, *Barba Jacob, el mensajero*; la mejor por el aspecto documental y también la mejor por la fuerza y la fluidez del relato. Y, ahora, en 1985, aparece el desconocido Michael Palencia Roth, gracias al primer libro sobre García Márquez que publica la más prestigiosa editorial de lingüística y filología en español, Gredos de Madrid.



Y así como en Fernando Vallejo no es el acervo documental el único ingrediente, en el caso de Michael Palencia Roth no es solamente el aparato crítico que maneja, ni su impresionante carrera académica; lo principal en Michael Palencia Roth –para contarlo como un feliz hallazgo, ya maduro, de la literatura colombiana–, es que escribe bien; que no desiste de la claridad ni de la fluidez por ser profundo o por ser agudo. Lo principal es que Michael Palencia Roth es un excelente escritor.

Michael Palencia Roth nació en Cali en 1946. Después de estudiar en Vanderbilt, obtuvo en Harvard el máster y el doctorado en literaturas comparadas. Actualmente trabaja en la Universidad de Illinois. Ha publicado numerosos artículos, principalmente sobre Thomas Mann –es el compilador de un libro editado en Londres– y sobre García Márquez, en revistas académicas europeas y norteamericanas. Puede decirse que este libro de crítica de Michael Palencia Roth es el primer material suyo que circula en nuestro medio.

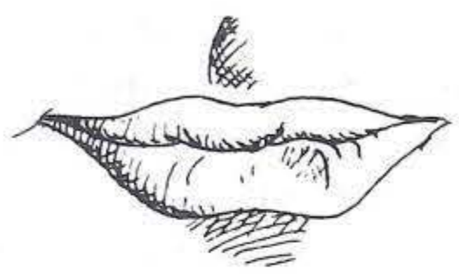
Es insólito que un libro de crítica –y más en una colección tan estirada como la Biblioteca Románica Hispánica– comience con una remembranza personal; y más insólito, que ese recuerdo sea tan bien traído como éste, tanto por lo que conviene a la sustancia del texto como por su gancho para embarcar al lector en todo el libro. Este profundo y objetivo y bien documentado libro comienza así: "En el verano de 1975 estaba yo otra vez en la casa familiar, en Cali, Colombia, terminando mi tesis doctoral para Harvard University. Un día, mientras ojeaba un viejo álbum de fotografías, noté una foto ya olvidada. Se veía a mi padre a caballo con dos amigos. En la esquina superior, a la izquierda, se notaba el nombre de la finca donde estaban: Macondo. Al ver esa vieja foto –tendrá más de cuarenta años– tuve conciencia de que escribiría un libro sobre Gabriel García Márquez. Con este libro podría, además, deshacerme –si esto es posible– de una enorme deuda espiritual. La última vez que vi a mi padre fue en las vacaciones de la navidad de 1973. Como en ese tiempo estaba yo estudiando *Cien años de soledad*, nos pusimos a leer la novela en voz alta. Cada dos o tres páginas conversábamos sobre lo que habíamos leído. Aprendí mucho de esas largas conversaciones. Aprendí, por ejemplo, que en los pueblos donde había pasado mi padre su niñez (Fusagasugá, Nilo, Pueblo Nuevo...) sí llegaban todos los años gitanos con cosas para vender. Aprendí que mi abuelo paterno fue algo así como el coronel Aureliano Buendía: también peleó en la guerra de los mil días, pero con rango de general; también fue líder carismático; también fue liberal. Sobre todo, aprendí a conocer a mi padre como nunca lo había podido hacer anteriormente, ya que solía hablar muy poco de su propia vida o de sus antecedentes. Sin duda alguna, no hubiera sido posible este conocimiento al fin de su vida sin la ayuda de *Cien años de soledad*. Para algo sirve la literatura".

El subtítulo del libro de Palencia Roth es "la línea, el círculo y la metamorfosis del mito". El mismo Palencia anota en la introducción que "decir que García Márquez es un escritor mítico no es decir nada nuevo: [...] ¿Por qué, entonces –se pregunta– *otro* libro sobre el mito en García Márquez?". El autor repasa los antecedentes, desde el más ilustre, el libro de Vargas Llosa, hasta los más actuales, pasando por las compilaciones más diversas, y concluye que, a pesar de la persistencia en el enfoque, éste es el primer libro que, como tal, interpreta la totalidad de la obra de nuestro premio Nobel "bajo un solo argumento".

En su enfoque, Palencia Roth opone "la conciencia mítica a la científica (que se representa por el método analítico), como ejemplos de dos estilos de entender e interpretar el mundo. La conciencia mítica es, como cualquier sistema filosófico, una teoría de la realidad; pero, a diferencia de la mayoría de éstos, es una teoría *vivida, experimentada* por mucha gente, acaso por culturas enteras [...] La conciencia científica ha sido la dominante en la historia occi-

VIÑETAS: FRANCISCO ROCCA

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.



dental [...] Para ésta, la realidad se divide entre sujeto y objeto [...] En la conciencia científica, por consecuencia, el hombre mismo es algo *aparte* del mundo a su alrededor: sea como observador, investigador, manipulador o víctima. En la conciencia mítica el hombre es *parte* del universo: entre los dos se encuentra una continuidad total...".

Sobre esta base, Palencia Roth emprende el análisis detallado de toda la obra de García Márquez hasta *El otoño del patriarca,* hallando múltiples manifestaciones de la conciencia mítica, tan diversas en su origen y naturaleza (clásicos, bíblicos, folclóricos, héroes patrios, literarios, fenómenos naturales) que llega a preguntarse si se trata de "un impulso creador poderoso pero desordenado; o al contrario, si será la presencia constante del mito, en todas sus manifestaciones, una indicación de la coherencia profunda de creador de García Márquez". Palencia se inclina por la segunda hipótesis, hallando que esa coherencia profunda se halla en las formas literarias adoptadas por García Márquez, quien –según Palencia– ha evolucionado cronológicamente, de una creación naturalista-realista (en el sentido que estos términos tienen ahora), hacia lo mítico, y quien maneja, mejor que nadie, el mito del eterno retorno.

Si en la ya extensa bibliografía acerca de García Márquez, se cuentan los trabajos pioneros de don Ernesto Volkening, y las síntesis informativas tan bien ejecutadas de Óscar Collazos y Raymond Williams, debe comenzar a contarse con otro libro para colocar al lado de *Historia de un deicidio*, de Vargas Llosa, entre los clásicos de la crítica garcíamarquiana; y ése es el *Gabriel García Márquez* de Michael Palencia Roth.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Santiago Cárdenas: el naturalista de lo humano

Verdades sobre arte, mentiras sobre papel. Encuentros con Santiago Cárdenas y su obra
Jaime Ardila y Camilo Lleras
Bogotá, 1984, 208 págs.

Paisajes a la manera impresionista, mujeres "expresionistas" a la manera de De Kooning, tránsito al *pop* a través de la figura femenina, descubrimiento del primer objeto que se ofrezca a la vista, un pantalón colgado de un gancho en la manija de una puerta, por ejemplo. En seguida, un planteamiento del espacio, no sujeto a la "caja perspectiva" del Renacimiento, sino al interés de sacar hacia adelante, hacia el espectador, ese mismo espacio, valiéndose de figuras recortadas y antepuestas a la tela del fondo. Trampa al ojo. Y luego, cada vez más, el puro objeto: un paraguas, un enchufe eléctrico, más ropas colgadas, un espejo, un vidrio transparente, una ventana cerrada, una persiana, un marco sin cuadro, un tablero... Pasando las páginas de este libro sobre Santiago Cárdenas, se arma de pronto ese panorama extremadamente sencillo de lo que ha sido, de lo que es y de lo que no ha dejado de ser su obra en algo más de treinta años de oficio. Un arte sereno, sin estridencias, sin cambios abruptos y, en el fondo, predominantemente sin color o, en todo caso, sin pasión colorística, pero sutil y sensible a la mínima gradación de luz y sombra.

¿Cómo acercarse a esta obra? El arte, cada vez más, deja de ser la obra aislada y se convierte en proceso. Y tal vez sea el proceso lo único que verdaderamente nos diga qué es y en qué consiste una obra. Proceso en la realización material. Proceso en las circunstancias del artista. Proceso en la evolución. Proceso en el contexto. A la emoción del pobre espectador desprovisto de armas de interpretación, se superpone el análisis, los datos, la información reveladora que acaba por darnos pistas y luces sobre ese hecho concreto que parece ser la obra de arte. Del proceso de *su* obra, es el propio artista quien mejor puede darnos testimonio. Por eso, quizás mejor que la crítica, es el artista mismo quien puede decirnos la verdad de su arte. ¿La verdad? ¿Acaso no es él quien primero se mitifica a sí mismo y a su obra? *Verdades sobre arte, mentiras sobre papel* tiene ese mérito de la desmitificación.

Jaime Ardila asistió, por ejemplo, a la ejecución de *Tríptico,* con el cual Santiago Cárdenas participó en la Bienal de San Pablo en 1977. Registró minuciosa y exhaustivamente todos los pasos en una secuencia de 104 fotografías. Mientras trabajaba, el pintor fantaseaba, teorizaba, dejaba vagar su imaginación buscando sustentaciones filosóficas para la obra. "Unos meses más tarde –relata Ardila– volví a recordar todo lo que Santiago me enseñaba mientras pintaba su Capilla Sixtina, cuando por primera vez vi instalado el *Tríptico* en el Museo Nacional, donde encontré la comprobación de que todas esas ideas sobre la creación del universo según el Génesis habían sido inspiraciones, o sea medios imaginarios para lograr un fin material, representado en esos tres tableros. Para mí, que había visto hacer el *Tríptico*, la obra parecía disminuida por haber perdido contacto con ese mundo imaginado, a pesar de que yo sabía que Santiago había invertido en ella su preparación académica, los logros pictóricos que tardó décadas en descubrir, años de experimentación, meses de trabajo, horas sin descanso, minutos de angustia, segundos de inspiración. Por más que las hubiera dicho y las hubiera pintado, las fantasías habían terminado con la última pincelada. Quedaba la buena pintura, difícil de percibir como tal porque sobre ella se había tendido el velo innecesario de las inspiraciones sobrenaturales".

Aquí, el fotógrafo-autor era el testigo de excepción. Había *visto* antes, durante y después, y había comprendido la brecha que separa la obra del espectador, una vez liberada de las manos del artista. Para

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.